

## CAPÍTULO 2

# Inserción espacial de los migrantes y desigualdades sociales

*Judith N. Freidenberg, Gabriela Mera, Brenda Matossian*

### Discusión teórico-metodológica

Las movilidades humanas dejan improntas en los espacios. Durante muchas décadas se han priorizado los estudios sobre las migraciones entendidas como procesos relativamente estables, como movimientos según un único sentido origen – destino. Los cambios en los medios de transporte, los avances en las tecnologías de la información y comunicación, y las mutaciones dentro del mundo del trabajo, con un aumento de la inestabilidad y precarización, han dinamizado notablemente las formas de movilidad humana. La velocidad, multidireccionalidad y, como ya sostuvieron Domenach y Picouet (1990), el carácter de reversibilidad que las migraciones han adquirido, demandaron estudios migratorios a la altura de estas nuevas complejidades.

Desde este punto de partida, entendemos que los distintos tipos de desplazamientos, en un sentido amplio, participan simultáneamente en la constitución de lugares (Zusman, Lois y Castro, 2007): por ejemplo migrantes, turistas, intelectuales o empresarios insertos en distintas redes pueden confluir y reconfigurar un único espacio. Desde la geografía, conceptos como el de la multiterritorialidad permiten dar cuenta de estos procesos. Entendemos la multiterritorialidad como la posibilidad de acceder a diversos territorios o conectarse con ellos, lo que se puede lograr tanto a través de una “movilidad concreta” en el sentido de un desplazamiento

físico, como de “modo virtual” en el término de accionar diferentes territorialidades aun sin un desplazamiento físico, como en las nuevas experiencias espacio temporales proporcionadas a través del ciberespacio (Haesbaert, 2011:284).

Es así como los migrantes son actores en la producción social del espacio en sus distintas formas, tanto en la diferenciación areal como en la conformación de las desigualdades sociales, en ámbitos tanto urbanos como rurales. En esta oportunidad el interés de este grupo de trabajo de la Red IAMIC se ha enfocado precisamente en la inserción espacial de los migrantes y las desigualdades sociales.

Entendemos como desigualdades sociales en los procesos migratorios a aquellas donde prima la diferencia en el origen o, como lo indican algunos autores, la etnicidad pero también en la clase social, el género, la edad, la educación, los ingresos o renta, salud y discapacidad, el acceso a la seguridad social y la vivienda; todas estas dimensiones que operan por transversalidad con el territorio.

Cuando una diferencia entre dos o más grupos pone en una condición de ventaja o desventaja a otro (desde la interdisciplina se ponen en debate desde las nociones de alteridad, subalternidad, vulnerabilidad, entre otras) estamos hablando que esa diferencia se convierte en desigualdad. Se comprende, entonces, que las diferencias y la diversidad, en tanto categorías concurrentes, se encuentran mediadas por relaciones de poder como por formas de control del espacio.

Robert Castel ha analizado los cambios vinculados a los problemas de las desigualdades en el paso de la sociedad industrial a la sociedad salarial. En esta última, dice, “existe una gran disparidad de ingresos y también de patrimonios en el acceso a diferentes bienes sociales como la educación, la cultura, etc.” (Castel, 2003:20). Se trata de una sociedad basada en la competencia y la distinción y en la cual los riesgos de precariedad y desempleo, han erosionado toda solidaridad dentro de las mismas categorías sociales.

En ámbitos urbanos las desigualdades sociales se asocian a distintos procesos: segregación urbana, desplazamiento de los centros urbanos,

urbanización periférica, suburbanización, asentamientos informales, urbanizaciones cerradas o privadas, gentrificación, reestructuración de las áreas centrales de la ciudad construida y las consecuencias de las políticas urbanas de tipo neoliberal.

En el devenir cotidiano, las prácticas espaciales de distintos grupos sociales se conforman como una densa trama. Interesa, entonces, indagar en las dimensiones de las prácticas espaciales que Harvey (2008) retoma de Lefebvre (1974). Estas tres dimensiones son: lo experimentado (prácticas materiales espaciales), lo percibido (representaciones del espacio) y lo imaginado (espacios de representación). Así se reconocerán las desigualdades socioterritoriales en el despliegue de esas prácticas espaciales. Tal como lo plantea Lefebvre, las relaciones dialécticas entre estas tres dimensiones constituyen el punto de apoyo de tensión, a partir de la cual puede leerse la historia de las prácticas espaciales.

Uno de los enfoques posibles a través del cual es interesante indagar las desigualdades sociales es a partir del análisis de la construcción de fronteras, materiales, simbólicas y del imaginario en espacios urbanos, rurales y/o de frontera entre Estados nación, de acuerdo a los proyectos individuales de cada uno de los integrantes del eje.

Se propone entender las fronteras, en sentido amplio, como una construcción social dinámica, relacional, para dividir grupos y espacios, sujeta a continuos cambios físicos, de funcionalidad y naturaleza, a la vez que imbricada en una historicidad específica, tal como sucede en el resto de los procesos sociales. En este sentido, se propone este concepto como eje articulador para profundizar y problematizar dado los nuevos significados políticos, simbólicos y estratégicos que han adquirido las mismas en el siglo XXI, en particular en sociedades de intensa migración.

Este marco permite un análisis desde una perspectiva multidimensional y multiescalar: desde el interior del espacio urbano, barriales, en una metrópolis, en un valle de producción agropecuaria, en una región, etc. Debemos atender estos diferentes tipos de abordaje sobre las fronteras, según los enfoques, espacios y contextos a trabajar en cada uno de los estudios específicos que se desarrollan.

Cómo se aplica el concepto de frontera en países específicos depende de la influencia de elementos contextuales, como ser las políticas migratorias, la política de Estado, las características personales del/de la investigador/a, los mecanismos de financiación de proyectos, etc. Para ilustrar esta variación, nos referimos a un número de la revista *Practicing Anthropology* que Judith Freidenberg, que trabaja en Estados Unidos de Norteamérica y Jorge Durand, que trabaja en México, están preparando. Los autores convocaron a *migrantólogos* (el título asignado en México a aquellos que estudian la migración) con la pregunta “¿de qué se habla cuando se habla de migración?” con el intento de constatar si se hablaba de diferentes temas en dos Estados-nación contiguos.

El tema de las fronteras prevaleció en los 32 comentarios recibidos. Los estadounidenses utilizaron los términos “transfrontera” y “región fronteriza” y se preocuparon por el incremento de la tasa de deportaciones a México cuando la migración desde México estaba decreciendo. Según los mexicanos, no se debe ya hablar de la frontera entre EEUU y México porque ya México mismo es una frontera, dada las crecientes migraciones desde Mesoamérica que lo convierten en un lugar de tránsito. México tiene dos fronteras donde concentrar atención: la norte y la sur, pero los investigadores estadounidenses solo se refieren a la norte. Para los mexicanos, las fronteras no solo las constituyen los Estados sino también la policía y las organizaciones criminales. Por lo tanto, es un espacio donde peligra la seguridad pública, mientras que para los estadounidenses la frontera es un espacio de militarización desde los atentados de 2001. En los debates políticos pre-electorales en Estados Unidos de Norteamérica los republicanos utilizan un discurso que criminaliza al migrante sin ofrecer datos empíricos pero también están surgiendo movimientos sociales encabezados por los hijos de migrantes indocumentados que los trajeron de niños. Se comienzan a trabajar los impactos de las políticas migratorias en las familias conformadas por personas con distintos estatus migratorio.

Mientras preparábamos la publicación, se cruzaban otras fronteras en el mundo: la migración de retorno de Europa a América Latina, las migraciones del Mediano Oriente y África hacia Europa. Como los migrantes, los migrantólogos están inmersos en contextos sociales que

influyen de qué hablan y cómo. El preparar esta publicación nos ayudó a entender la importancia de las colaboraciones y el enfoque comparativo para que las fronteras, reales o imaginadas, no separen el conocimiento.

Retomando el presente documento, el interés colectivo estaría basado en definir formas y dimensiones de las desigualdades sociales, su intensidad, a partir de los distintos estudios que cada uno ha realizado en contextos temporales y espaciales específicos. Presentamos tres casos: en el primero de ellos Gabriela Mera aborda las localizaciones, accesibilidad, posibilidad de circulación, lo diferente y lo desigual en el barrio porteño de La Boca. El segundo caso, presentado por Judith Freidenberg analiza las historias de vida de migrantes en Maryland a partir de la interpretación de sus historias de vida, de migrantes no solo de Centroamérica, sino también asiáticos, argentinos. El tercer caso presentado por Brenda Matossian refiere a la ciudad patagónica de San Carlos de Bariloche: como contextualización histórica, dimensiones diferentes de la desigualdad a escala barrial en migrantes internos, internacionales y no migrantes. Categoría de vecino y el uso del espacio urbano desigual. En los tres casos se consideraron tanto las fronteras materiales como las simbólicas.

La propuesta es pensar en términos de fronteras: su carácter, dimensión, complejidad, permeabilidad, de modo que, desde allí, podamos discutir cómo estas fronteras, construidas socialmente y mediadas por relaciones de poder, se imbrican (en mayor o menor medida) en los mecanismos de inserción de los migrantes y en las mismas desigualdades sociales que las generan.

Los procesos de inserción de los migrantes en el lugar de destino son multi-dimensionales: si bien, por una parte, un migrante no sería tal si no cruzara una frontera física, el mismo hecho de atravesar límites fijados por los Estados, categoriza al que los cruza de manera simbólica, marcando tanto su sentido de identidad personal como las percepciones de los otros que influirán notablemente sobre su vida diaria. De este modo, la relación entre el proceso migratorio y la construcción de desigualdades sociales en tiempo y espacio ocurre a través de la construcción de fronteras. Sin embargo, la frontera varía según quien la cruza y el

espacio al que llega y por tanto hay diversas dimensiones de desigualdad, entendida como ventaja de un grupo sobre otro en cuanto a poder y a control del espacio.

Las preguntas de investigación planteadas por el grupo de trabajo se pueden resumir así: ¿Cuál es la relación entre desigualdad y espacio? ¿La diferencia entre los que quedan de un lado u otro de los límites territoriales se articula como diversidad o desigualdad, o ambas? En los dos últimos casos, ¿cómo, cuándo y por qué se transforma la diversidad en desigualdad? ¿Podemos señalar contextos donde se da la diversidad pero no la desigualdad; o la diversidad y la desigualdad simultáneamente? ¿Cómo juegan el espacio y el tiempo en dichos procesos?

Todas estas preguntas son vistas desde una perspectiva predominantemente territorial que se ocupa de considerar elementos del proceso migratorio como salida/llegada, tipo de inserción residencial, movilizaciones, etc. pero también histórica donde la influencia de la antigüedad de la migración en estos procesos sea incorporada al mismo tiempo que los cambios en las dimensiones mencionadas en el tiempo.